

KIKO AMAT

EL ESCRITOR CATALÁN SE ALEJA CON 'REVANCHA', SU SEXTA NOVELA, DE LA LITERATURA POP PARA SUMERGIRSE EN UN MUNDO DE VIOLENCIA, 'HOOLIGANS' Y EXTRARRADIO NO FOTOGÉNICO



Kiko Amat posa para
ICON contra un muro.
Los personajes de
'Revancha' viven entre
la espada y la pared.



“Sigo atrapado en aquel paisaje de mi infancia, aquella periferia sórdida, miserable y sin horizontes. Por eso vuelvo a ella una y otra vez”

Kiko Amat (Barcelona, 1971) es puro nervio. Sentado en la terraza de un bar barcelonés para hablar de su sexta novela, *Revancha*, que Anagrama publica estos días, parece recorrido por una tensión eléctrica. Ha venido a defender su obra “más ambiciosa y madura”, y lo hace con la energía y la elocuencia atropellada del punk (dos acordes, tres minutos, toda la verdad), la secta sonora a la que se afilió siendo un adolescente en la ciudad dormitorio de Sant Boi de Llobregat. *Revancha* es una novela violenta. Hay una violencia soterrada en su uso del lenguaje, rico en metáforas abruptas y frases rotundas, y violencia cruda y explícita en su trama y en sus personajes. Amat vuelve a un marco geográfico y temporal que le resulta muy familiar, la comarca del Baix Llobregat a finales de los ochenta: “Me fui de allí hace casi 30 años”, cuenta, “pero en cierto sentido sigo atrapado en aquel paisaje de mi infancia, aquella periferia sórdida, miserable y sin horizontes. Por eso vuelvo a ella una y otra vez, es de ahí de donde saco la energía y el odio que son el combustible de mis novelas”.

Con César y Amador, el justiciero a sueldo y el radical del F.C. Barcelona que protagonizan su novela, Amat comparte apenas un paisaje y un par de recuerdos de infancia: “También la rabia y el resentimiento proletario, la conciencia íntima de venir de un entorno de mierda y estar predestinados al fracaso”, admite, “pero la diferencia fundamental es que yo soy un escritor, tengo un don que he sido capaz de desarrollar y convertir en mi estrategia de supervivencia. Ellos solo son capaces de canalizar su frustración a través de la violencia”. El autor reconoce sentirse particularmente orgulloso de sus criaturas: “Sobre todo de Amador, que me parece más real que muchas de las personas reales que conozco”. Para llegar a él tuvo que superar una auténtica travesía del desierto: “Fueron seis meses de incertidumbre y angustia en los que escribí más de cien páginas desde el punto de vista de Amador que al final acabé descartando por completo. Pero me sirvieron para encontrar al personaje, con toda su complejidad y sus contradicciones, sus instintos crueles y también su fondo de ternura y decencia. Porque Amador es un mal tipo y un salvaje, pero no un psicópata, y eso está en la esencia de la novela”.

Revancha tiene algo de *western* crepuscular, de esas historias de hombres solitarios que han llevado vidas miserables y se asoman a la hora decisiva persiguiendo una redención imposible: “Hay en el libro escenarios muy del lejano Oeste, como las ruinas del camping La Ballena Alegre, que es también uno de los entornos *kitsch* de mi infancia”, concede Amat. “Sobre todo, es una novela que se nutre de las mitologías del Baix Llobregat de mi adolescencia. Suelen preguntarme por mis influencias literarias, pero yo no escribo libros que hablen de otros libros. Parto de la tradición oral, de las historias de *hooligans* y *skinheads* que compartíamos en mi pueblo cuando éramos una pandilla de críos desorientados que pasaban las tardes muertas tomando cañas”. Para Amat, la periferia es un estado del alma: “Mis raíces son lo único a lo que no renuncio. En los últimos años siento que he dado un salto cualitativo como escritor. He soltado mucho lastre. Ya no escribo novelas pop, como *Rompepistas* o *Cosas que hacen BUM*, me he distanciado de mi autobiografía y hasta de mi personaje y de mi voz narrativa. A lo que sigo aferrado es al Baix Llobregat, a mi identidad y a mi conciencia de clase”.

Hace un par de años, a Kiko Amat le preguntaban por la fuerte implantación en su comarca natal de un partido como Ciudadanos: “Hoy, la periferia naranja va camino de convertirse en la periferia de Vox”, nos dice. “Prefiero no hablar de política, así que solo diré que no me extraña en absoluto: es solo un paso más en la deriva ideológica de una clase obrera a la que la izquierda ha dejado huérfana, otra manera destructiva y contraproducente de canalizar la energía frustrada y la rabia del extrarradio”. *